



LECTIO DIVINA

DOMINGO DE PASCUA CICLO 'B' (JN 20, 1-9)

Saludamos con júbilo este día. El día de los días... El Domingo de Pascua cantamos, oramos y decimos a toda voz, desde lo más profundo de nuestro ser: "¡Cristo ha resucitado de entre los muertos dándonos a todos la vida!".

Este Domingo les da sentido a todos los domingos; hoy revivimos con júbilo la victoria de Cristo Jesús; la muerte no tuvo la última palabra: **¡venció la vida!**

A la luz de esta certeza hoy brota lo mejor de nosotros mismos e irradia con todo su esplendor nuestra fe como discípulos de Cristo Jesús, muerto y resucitado. Somos cristianos; creemos que Jesús ha resucitado de la muerte, que está vivo, que vive en medio de nosotros, que acompaña nuestro caminar; que es manantial de vida nueva y primicia de nuestra participación en la naturaleza divina.

Hoy vemos el mundo con ojos nuevos; la resurrección de Jesús tiene un significado y una fuerza que vale para toda la humanidad, para el cosmos entero y, de manera particular, para quienes son víctimas de la injusticia, de la muerte, del mal.

Seguimiento:

El primer día de la semana va María Magdalena de madrugada al sepulcro cuando todavía estaba oscuro, y ve la piedra quitada del sepulcro. Echa a correr y llega donde Simón Pedro y donde el otro discípulo a quien Jesús quería y les dice: «Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto».

Salieron Pedro y el otro discípulo, y se encaminaron al sepulcro.

Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió por delante más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Se inclinó y vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llega también Simón Pedro siguiéndole, entra en el sepulcro y ve las vendas en el suelo, y el sudario que cubrió su cabeza, no junto a las vendas, sino plegado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado el primero al sepulcro; vio y creyó, pues hasta entonces no habían comprendido que, según la Escritura, Jesús debía resucitar de entre los muertos.».

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en cómo lo dice

El gran signo que hoy nos da el Evangelio es que el sepulcro de Jesús está vacío. Ya no tenemos que buscar entre los muertos a Aquel que vive, porque ha resucitado. Y los discípulos le verán resucitado; tendrán un encuentro de fe maravilloso, verán vacío el sepulcro. Éste y las apariciones serán las grandes señales para la fe del creyente. El Evangelio dice que «entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; él vio y creyó» (Jn 20,8). Supo captar por la fe que aquel vacío y, a la vez, aquel sudario bien doblado, que fue una señal del paso de Dios, de la muerte a la vida. El amor sabe captar aquello que otros no captan. El «discípulo a quien Jesús quería» (Jn 20,2) se guiaba por el amor que había recibido de Cristo.

La Resurrección de Jesús es palabra poderosa que impulsa nuestra vida. Por eso en este Tiempo de Pascua, tenemos que abrir un surco a la Palabra, para que la fuerza que ella contiene sea savia que corra por toda nuestra existencia y dé frutos de vida nueva.

Es así como la Buena Noticia de que Cristo ha resucitado cala: se entreteje con nuestras dudas, con nuestro ensimismamiento en la tristeza, delatando nuestra pobre visión de la vida y mostrándonos el gran horizonte de Dios, desde donde podemos comprender el sentido y el valor de todas las cosas.

Cristo resucitado se hunde en nuestro corazón y desata una gran batalla interior entre la vida y la muerte, entre la esperanza y la desesperación, entre la resignación y la consolación.

San Gregorio Nacianceno, un día como hoy, decía: “Ha aparecido otra generación, otra vida, otra manera de vivir, un cambio en nuestra misma naturaleza”. ¡Esa es hoy nuestra seguridad!

La experiencia pascual desata una dinámica de vida hecha de búsquedas y encuentros, de conversión y de fe, que se delinea con gran riqueza en los relatos pascales de los evangelios.

En Juan 20,1-10, leemos hoy el pasaje que describe el sensacional descubrimiento de la tumba vacía por parte de María Magdalena y de los dos discípulos de Jesús, desatándose así una serie de reacciones. El relato contiene elementos muy valiosos que nos ayudan a dinamizar nuestro propio camino pascual.

Hacemos breves anotaciones sobre las frases más importantes del relato, invitándonos a saborear todo el texto.

1. María Magdalena descubre que la tumba está vacía (20,1-2).

a. María “va de madrugada al sepulcro cuando todavía estaba oscuro” (20,1).

Esta acción es signo evidente de que su corazón latía fuertemente por Jesús. El amor no espera. También es cierto que la hora de la mañana y los nuevos acontecimientos tienen correspondencia: de madrugada muchos detalles anuncian un gran y radical cambio: la noche se aleja, el horizonte se aclara y bajo la luz, todas las cosas van dando poco a poco su forma.

La fe en el Resucitado supone el encuentro personal y comunitario; el nuevo sol se levantó e irradió la gloria de su vida inmortal.

b. María corrió; en seguida fue a informarle a los discípulos que el sepulcro estaba vacío (20,2a).

Su actitud nos hace comprender qué amor tan grande tenía esta mujer por el Maestro. Lloró ante la tumba vacía (20,11ss). Fue ante Pedro y

el Discípulo Amado para que ellos supieran qué había sucedido.

c. María confesó que Jesús era su 'Señor': "Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto" (20,2b).

A pesar de no haberlo descubierto vivo, para ella Jesús era el "Señor" (Kýrios), el Dios de la gloria y por lo tanto, el inmortal'. Ella estaba animada

por una fe vivísima en Jesús y personificaba a todos los discípulos de Cristo, que reconocemos que Él es el Hijo de Dios.

María Magdalena es un ejemplo para todos.

La fe y el corazón de esta mujer, su amor por el Señor fue "más fuerte que la muerte" y son un ejemplo a seguir (Cantar 8,6).

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Empezamos el "tiempo pascual", tiempo en el que se irán prolongando los temas de la Noche Santa. En verdad un día no es suficiente para comprender y vivir el misterio de la muerte y la resurrección de Jesús, que modificaron el sentido de la historia. El tiempo de Pascua dura 50 días completos y es como un único día: el día de la vida, el día de la resurrección, "el día que hizo el Señor" para que nos alegremos y en Él exultemos.

- **¿Cuál ha sido nuestra vivencia en el triduo pascual? ¿Qué tan convencidos estamos de lo que es el Misterio Central de nuestra fe y a qué nos lleva sabernos muertos y resucitados?**

Pablo nos dice en esta Pascua: Hemos resucitado con Cristo; hemos muerto con Él. Su resurrección acontece en cada uno de nosotros, no de manera ostentosa, sino "escondida".

- **¿Qué actitudes prolongarán en mi vida sencilla la victoria de Cristo sobre el mal y sus consecuencias? ¿Cómo seré testigo de su triunfo? No se trata de compartir ideas, que ya es algo muy bueno. Más allá llega el ámbito de la manera de hablar con la vida, de motivar con gestos, maneras de ser, que son un lenguaje mucho más fuerte.**

Este evangelio, Juan 20,1-10, nos describe una tumba vacía; una mujer chocada por lo que ve y siente ante la realidad que no puede desconocer. No estaba ya el Maestro donde lo habían dejado el viernes por la tarde. Va a toda prisa a decirles a los demás apóstoles lo que ha visto. Es testigo de la desaparición del Señor. Son diferentes sus reacciones, pero en todas manifiesta el gran amor que tenía por el Maestro, 'su Maestro'.

- **Todos los que hemos estado con Jesús, como la Magdalena, podemos ver que la tumba está vacía. ¿Cuál es nuestra reacción ante esta verdad? Hoy hay tantos acontecimientos dolorosos que nos afligen, pero unidos a estos, está la certeza de que la tumba está vacía y de que Cristo ha resucitado. ¿Somos portadores de esta gran verdad? ¿Creemos y compartimos el triunfo de Cristo Jesús?**

Cuando Pedro y Juan oyen el testimonio de Magdalena, "La tumba está vacía", se encaminaron al sepulcro (20,3). Los dos son personas caracterizadas en la comunidad primitiva, los dos significan; lo que ellos hacen y lo que dicen hace impacto. Van a toda prisa a comprobar lo que les ha dicho la mujer

creyente. Quisieron ver con sus ojos lo que Magdalena ha dicho. Los dos constatan la verdad de los hechos. Los dos se distinguieron cada uno, a su manera por ser discípulos de palabra y de hecho. Van tras el maestro en vida y más allá de ella.

- **Quien tiene fe en el Resucitado puede significar ante los demás, ante la gran multitud que muchas veces viendo, no ve, y escuchando, no escucha. Solo el encuentro personal y comunitario con Cristo Jesús nos permite ver con los ojos de la fe y nos conduce al encuentro con su persona, gozando de la luz y de la paz que trajo al mundo, disipando las tinieblas del pecado.**

Cuando entraron Pedro y Juan a la tumba vieron lo que Magdalena ya les había dicho: no estaba el cuerpo del Maestro, pero al encontrarse el sudario que estaba sobre la cabeza de Jesús doblado pudieron comprender que su cuerpo no había sido robado, porque los ladrones no iban a tener ni la paciencia ni el tiempo para dejarlo ordenado sobre la tumba. Aquí había algo más... y fue Juan, el más joven, lleno de amor por el Maestro, quien dijo con toda verdad: "Ha resucitado". Su palabra tuvo tal fuerza que convenció a Pedro... y los dos fueron testigos del triunfo del Señor.

- **Jesús se liberó a sí mismo de los lienzos y del sudario que envolvían su cuerpo. Él venció todas las ataduras para volver a la vida. Ya no lo detenía nada, era libre y vivía desde ese momento para siempre jamás. ¿Creemos esta gran verdad? Como Juan y como Pedro estamos llamados a comunicar el Misterio central de nuestra fe, no solo con las palabras, sino sobre todo con el hecho. Cristo Jesús vive y quiere estar para siempre entre nosotros, como comunidad de fe.**

La fe en Cristo resucitado no nace en nosotros sólo porque hemos escuchado desde niños a catequistas y predicadores; hemos de hacer nuestro propio recorrido. Si lo amamos como Magdalena, lo buscaremos, pero no en el mundo de los muertos. Al que vive hay que buscarlo donde hay vida.

- **¿Cómo es nuestra fe en Jesús? ¿Qué podemos decir de nuestra participación en esta celebración, que es el centro de la Pascua?**

Cristo está vivo entre quienes viven con Él y como Él vivió. Busquémoslo no entre los cristianos divididos y enfrentados en luchas estériles, sino en las comunidades que ponen a Cristo en el centro porque, «donde están reunidos dos o tres en su nombre, allí está Él».

Al que vive no lo encontraremos en una fe estancada y rutinaria, gastada por toda clase de tópicos y fórmulas vacías de experiencia, sino buscando una calidad nueva en nuestra relación con él y en nuestra identificación con su proyecto. Un Jesús apagado e inerte, que no enamora ni seduce, que no toca los corazones ni contagia su libertad, es un "Jesús muerto". No es el Cristo vivo, resucitado por el Padre. No es el que vive y hace vivir.

En la mañana del domingo, María, Pedro y Juan buscaron a Jesús, y lo hallaron resucitado. El amor los hizo gozar de la gran verdad: Jesús cumplió su Palabra. No estaba en la tumba.

III. ORAMOS:



Dios Bueno, que el ver y el creer de María, de Pedro, de Juan y de la comunidad primitiva nos haga a nosotros también ver y creer.

Que amemos tanto a tu Hijo que estemos dispuestos a testimoniar su triunfo en nuestro ambiente.

Que, renovando nuestro bautismo, renunciemos a lo que no nos deja ser sus testigos para que quienes nos vean, crean en Él y en su obra redentora.

Te pedimos que su Vida vivifique la nuestra y que llenos de alegría, como María, su Madre y madre nuestra, nos renovemos en la fe, en la esperanza y en el amor, para ser discípulos misioneros, que no callan lo que han visto y oído.

¡Así sea!

¡FELIZ PASCUA DE RESURRECCIÓN!